

Taller de Lectura y Escritura

TECNICATURA SUPERIOR UNIVERSITARIA EN
PERIODISMO DEPORTIVO

FACULTAD DE
PERIODISMO
Y COMUNICACIÓN SOCIAL
UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA

BORGES / BIOY
CASARES
*La fiesta del
monstruo*

DAVID VIÑAS
La señora muerta

RODOLFO WALSH
Esa mujer

LA FIESTA DEL MONSTRUO

Te prevengo, Nelly, que fue una jornada cívica en forma. Yo, en mi condición de pie plano, y de propenso a que se me ataje el resuello por el pescuezo corto y la panza hipopótama tuve un serio oponente en la fatiga, máxime calculando que la noche antes yo pensaba acostarme con las gallinas, cosa de no quedar como un costra en la performance del feriado. Mi plan era sume y reste: apersonarme a las veinte y treinta en el Comité; a las veintiuna caer como un soponcio en la cama jaula, para dar curso, con el Colt como un bulto bajo la almohada, al Gran Sueño del Siglo, y estar en pie al primer cacareo, cuando pasaran a recolectarme los del camión. Pero, decime, una cosa, ¿vos no creés que la suerte es como la lotería, que se encarniza favoreciendo a los otros?

En el propio puentecito de tablas, frente a la caminera, casi aprendo a nadar en agua abombada con la sorpresa de correr al encuentro del amigo Diente de Leche, que es uno de esos puntos que uno encuentra de vez en cuando. Ni bien le vi la cara de presupuestívoro, palpité que él también iba al Comité y, ya en el tren de mandarnos un enfoque de panorama del día, entramos a hablar de la distribución de bufosos para el magno desfile y de un ruso, que ni llovido del cielo, que los abonaba como fierro viejo en Berazategui. Mientras formábamos en la cola pugnamos por decirnos al vestre que una vez en posesión del arma de fuego nos daríamos traslado a Berazategui, aunque a cada uno lo portara el otro a babucha, y allí, luego de empastarnos el bajo vientre con escarola, en base al producido por las armas, sacaríamos, ante el asombro general del empleado de turno ¡dos boletos de vuelta para Tolosa! Pero fue como si habláramos en inglés, porque Diente no pescaba ni un chiquito, ni yo tampoco, y los compañeros de fila prestaban su servicio de intérprete, que casi me

perforan el tímpano, y se pasaban el Faber cachuzo para anotar la dirección del ruso. Felizmente el señor Marforio, que es más flaco que la ranura de la máquina de monedita, es un antiguo de éstos que mientras usted lo confunde con un montículo de caspa, está pulsando los más delicados resortes del alma de popolino, y así no es gracia que nos frenara en seco la manganeta, postergando la distribución para el día mismo del acto, con el pretexto de una demora del Departamento de Policía en la remesa de las armas. Antes de hora y media de plantón, en una cola que ni para comprar kerosene, recibimos de propios labios del señor Pizzurno, orden de despejar al trote, que lo cumplimos con cada viva entusiasta que no alcanzaron a cortar enteramente los escobazos rabiosos de ese tullido que hace las veces de portero en el Comité.

A una distancia prudencial la barra se rehizo. Loíácamo se puso a hablar que ni la radio de la vecina. La vaina de esos cabezones con labia es que a uno le calientan el mate y después, el tipo -vulgo, el abajo firmante- no sabe para dónde agarrar y me lo tienen jugando al tresiete en el almacén de Bernárdez, que vos a lo mejor te amargás con la ilusión que anduve de farra y la triste verdad es que me pelaron hasta el último votacén, sin el consuelo de cantar la nápolá, tan siquiera una vuelta. (Tranquila, Nelly, que el guardaguja ya se cansó de morfarte con la visual y ahora se retira, como un bacá, en la zorra. Dejele a tu pato Donald que te dé otro pellizco en el cogotito).

Cuando por fin me enrosqué en la cucha, yo registraba tal cansancio en los pieses que al inmediato capté que el sueñito reparador ya era de los míos. No contaba con ese contrincante que es el más sano patriotismo. No pensaba más que en el Monstruo y que al otro día, lo vería sonreírse y hablar como el gran laborante argentino

que es. Te prometo que vine tan excitado que al rato me estorbaba la cubija para respirar como ballenato. Recienquito a la hora de la perrera concilié el sueño, que resultó tan cansador como no dormir, aunque no soñé primero con una tarde, cuando era pibe, que la finada mi madre me llevó a la quinta. Créeme, Nelly, que yo nunca había vuelto a pensar en esa tarde, pero en el sueño comprendí que era la más feliz de mi vida, y eso que no recuerdo nada sino un agua con hojas reflejadas y un perro muy manso que yo le acariciaba el lomuto; por suerte salí de esas purretadas y soñé con los modernos temarios que están en el marcador: el Monstruo me había nombrado su mascota y, algo después, su Gran Perro Bonzo. Desperté, y para soñar tanto despropósito había dormido cinco minutos. Resolví cortar por lo sano: me di una friega con el trapo de la cocina, guardé todos los callordas en el calzado de Fray Mocho, me enredé que ni pulpos entre mangas y piernas de la combinación - mameluco -, vestí la corbatita de lana con dibujos animados que vos me regalaste el Día del Colectivero y salí sudando grasa porque algún cascarudo habrá transitado por la vía pública y lo tomé por el camión. A cada falsa alarma que pudiera, o no, tomarse por el camión, yo salía como taponazo al trote gimnástico, salvando las sesenta varas que hay desde el tercer patio a la puerta de calle. Con entusiasmo juvenil entonaba la marcha que es nuestra bandera, pero a las doce menos diez, vine afónico y ya no me tiraban con todo los magnates del primer patio. A las trece y veinte llegó el camión que se había adelantado a la hora y cuando los compañeros de cruzada tuvieron el alegrón de verme, que ni me había desayunado con el pan del loro de las señora encargada, todos votaban por dejarme, con el pretexto que viajaban en un camión carnicero y no en una grúa. Me les enganché como acoplado y me dijeron que si les prometía no dar a luz antes de llegar a Ezpeleta me portarían en mi condición de fardo, pero al fin se dejaron convencer y medio me izaron. Tomó furia como una golondrina el camión de la juventud y antes de media cuadra paró en seco frente al Comité. Salió un tape canoso, que era un gusto cómo nos baqueteaba, y antes que nos pudieran facilitar, con toda consideración, el libro de quejas, ya estábamos traspinando en un brete, que ni si tuviéramos las nucas de queso Mascarpone. A bufoso por barba fue la distribución alfabética; compenetrante, Nelly; a cada revólver le tocaba uno de

nosotros. Sin el mínimo margen prudencial para hacer cola frente al Caballeros, o tan siquiera para someter a la subasta un arma de buen uso, nos guardaba el tape en el camión del que ya nos evadiríamos sin una tarjetita de recomendación para el camionero.

A la espera de la voz de ¡aura y se fue! nos tuvieron hora y media al rayo del sol, a la vista, por suerte, de nuestra querida Tolosa, que en cuanto el botón salía a correrlos, los pibes nos tenían a hondazo limpio, como si en cada uno de nosotros apreciaran menos el patriota desinteresado que el pajarito para la polenta. Al promediar la primera hora, reinaba en el camión esa tirantez que es la base de toda reunión social pero después la merza me puso de mal humor con la pregunta si me había anotado para el concurso de la Reina Victoria, una indirecta, vos sabés, a esta panza bombo, que siempre dicen que tendría que ser de vidrio para que yo me divisara, aunque sea un poquito, los basamentos horma 44. Yo estaba tan eufórico que parecía adornado con el bozal, que a la hora y minutos de tragar tierra medio recuperé esta lengüita de Campana y, hombro a hombro con los compañeros de brecha, no quise restar mi concurso a la masa coral que despechaba a todo pulmón la marchita del Monstruo, y ensayé hasta medio berrido que más bien salió francamente un hipo, que si no abro el paragüita, que dejé en casa, ando en canoa en cada salivazo que usted me confunde con Vito Dumas, el Navegante solitario. Por fin, arrancamos, y entonces sí que corrió el aire, que era como tomarse el baño en la ola de la sopa, y uno almorazaba un sängüiche de chorizo, otro de su arrolladito de salame, otro de su panetún, otro de media botella de Vascolet y el de más allá la milanese fría, pero más bien todo eso vino a suceder otra vuelta, cuando nos fuimos a Ensenada, pero como yo no concurría, más gano sino hablo. No me cansaba de pensar que toda esa muchachada moderna y sana pensaba en todo como yo, porque hasta el más abúlico oye las emisiones en cadena, quieras que no. Todos éramos argentinos, todos de corta edad, todos del Sur y nos precipitábamos al encuentro de nuestros hermanos gemelos, que en camiones idénticos procedían de Fiorito y de Villa Domínico, de Ciudadela, de Villa Luro, de la Paternal, aunque por Villa Crespo pulula el ruso y yo digo que más vale la pena acusar su domicilio legal en Tolosa Norte.

¡Qué entusiasmo partidario te perdiste, Nelly! En cada foco de población muerto de hambre se nos quería colar una verdadera avalancha que la tenía emberretinada el más puro idealismo, pero el capo de nuestra carrada, Garfunkel, sabía repeler como corresponde a ese farabutaje sin abuela, máxime si te metés en el coco que entre tanto mascalzone patentado bien se podía emboscar un quintacolumna como luz, de esos que antes que usted dea la vuelta al mundo en ochenta días me lo convences que es una costra y el Monstruo un instrumento de la Compañía de Teléfono. No te digo niente de más de un cagastume que se acogía a esas purgas para darse de baja en el confucionismo y repatriarse a casita lo más liviano; pero embromate y confesá que de dos chichipíos el uno nace descalzo y el otro con patín de munición, porque vuelta que yo creía descolgarme del carro era patada del señor Garfunkel, que no es de los que portan la piojosa de puro adorno, le tenía prohibido al camionero sujetar la velocidad, no fuera algún avivato a ensayar la fuga relámpago. Otro gallo nos cantó en Quilmes, donde el costraje obtuvo permiso para desentumecer los callos planteles, pero ¿quién, tan lejos del pago iba a despartarse del grupo? Hasta ese momento, dijera Zoppi o su mamá, todo marchó como un dibujo, pero el nerviosismo cundió entre la merza fresca cuando el trompa, vulgo Garfunkel que le dicen, nos puso blandos al tacto con la imposición de deponer en cada paredón el nombre del Monstruo, para ganar de nuevo el vehículo, a velocidad de purgante, no fuera algún cabreira a cabriarse y a venir calveira pegándonos. Cuando sonó la hora de la prueba empuñé el bufoso y bajé resuelto a todo, Nelly, anche a venderlo por menos de tres penssolanos. Pero ni un solo cliente asomó el hocico y me di el gusto de garabatear en la tapia unas letras frangollo, que si invierto un minuto más, el camión me da el esquinazo y se lo traga el horizonte rumbo al civismo, a la aglomeración, a la fratellanza, a la fiesta del Monstruo. Como para aglomeración estaba el camión cuando volví hecho un queso con camiseta, con la lengua afuera. Se había sentado en la retranca y estaba tan quieto que sólo le faltaba el marco artístico para ser una foto. A dios gracias formaba entre los nuestros el gansoso Tabacman, más conocido como Tornillo Sin Fin, que es el empedernido de la mecánica, y a la media hora de buscarle el motor y de tomarse toda la Bilz de mi segundo estómago de camello, que así yo

pugno que le digan siempre a mi cantimplora, se mandó con toda la franqueza su "a mí que me registren", porque el Fargo a las claras le resultaba una firma ilegible.

Bien me parece tener leído en alguno de esos quioscos fetentes que no hay mal que por bien no venga, y así Tata Dios nos facilitó la bicicleta olvidada en contra de una quinta de verdura, que a mi ver el bicicletista estaba en proceso de recauchutaje, porque no asomó la fosa nasal cuando el propio Garfunkel le calentó el asiento con la culata. De ahí arrancó como si hubiera olido todo un cuadrito de escarola, que más bien parecía que el propio Zoppi o su mama le hubiera munido el upite de un petardo Fu-Man-Chu. No faltó quien se aflojara la faja para sonreírse al verlo pedarlear tan garufiento, pero a las cuatro cuadras de pisarles los talones lo perdieron de vista, causa que el peatón aunque se habilita las manos con el calzado Pecus, no suele mantener su laurel de invicto frente a don Bicicleta. El entusiasmo de la conciencia en marcha hizo que en menos tiempo del que vos, gordeta, invertís en dejar el mostrador sin factura, el hombre se despistara en el horizonte, para mí que rumbo a la cucha, a Tolosa ...

Tu chanchito te va a ser confidencial, Nelly: quien más quien menos yo pedaleaba con la comezón del Gran Spiantujen, como yo no dejo de recalcar en las horas que el luchador viene enervado y se aglomeran los más negros pronósticos, despunta el delantero fenómeno que marca goal; para la patria, el Monstruo; para nuestra merza en franca descomposición, el camionero. Ese patriota que le saco el sombrero se corrió como patinada y paró en seco al más avivato del grupo en fuga. Le aplicó súbito un mensaje que al día siguiente, por los chichones, todos me confundían con la yegua tubiana del panadero. Desde el suelo me mandé cada hurra que los vecinos se incrustaban el pulgar en el tímpano. De mientras, el camionero nos puso en fila inda a los patriotas, que si alguno quería despartarse, el de atrás tenía carta blanca para atribuirle cada patada en el culantro que todavía me duele sentarme. Calculate, Nelly, qué tarro el último de la fila, ¡nadie te shoteaba la retaguardia! Era, cuándo no, el camionero, que nos arrió como a concentración de pie planos hasta una zona, que no trepido en caracterizar como de la órbita de Don Bosco, vale, de Wilde. Ahí la casualidad quiso que el destino nos pusiera al alcance de un ónibus rumbo al

descanso de hacienda de La Negra, que ni llovido por Baigorri. El camionero, que se lo tenía bien remanyado al guarda-conductor, causa de haber sido los dos -en tiempos heroicos del Zoológico Popular de Villa Domínico- mitades de un mismo camello, le suplicó a ese catalán de que nos deportara. Antes que se pudiera mandar su Suba Zubizarreta de práctica, ya todos engrosamos el contingente de los que llenábamos el vehículo, riéndonos hasta enseñar las vegetaciones, del puntaje senza potencia, que, por razón de quedar cola, no alcanzó a incrustarse en el vehículo, quedando como quien dice, "vía libre" para volver, sin tanta mala sangre, a Tolosa. Te exagero, Nelly, que íbamos como en ónibus, que sudábamos propio como sardinas, que si vos te mandás un vistazo, el Señoras de Berazategui te viene chico. ¡Las historietas de regular interés que se dieron el curso! No te digo niente de la olorosa que cantó por lo bajo el tano Potasman, a la misma vista de Sarandí y desde aquí lo aplaudo como un cuadrumano a Tornillo Sin Fin que en buena ley se vino a ganar un medallón de Vero Desopilante, obligándome bajo amenaza de tincazo en los quimbos, a abrir la boca y cerrar los ojos: broma que aprovechó sin un desmayo para enllenarme las entremuelas con la pelusa y los demás producidos de los fundillos. Pero hasta las perdices cansan y cuando ya no sabíamos lo que hacer, un veterano me pasó la cortaplumita y las empuñamos todos a una para más bien dejar como colador el cuero de los asientos. Para despistar, todos nos reíamos de mí; en después no faltó unos de esos vivancos que saltan como pulgas y viene incrustados en el asfáltico, cosa de evacuarse del carromato antes que el guarda-conductor sorprendiera los desperfectos. El primero que aterrizó fue Simón Tabacman, que quedó propio ñato con el culazo; muy luego, Fideo Zoppi o su mamá; por último, aunque reviente de la rabia, Rabasco; acto contínuo, Spátola; doppo, el vasco Speciale. En el itinerario, Morpugo se prestó, por lo bajo al gran rejunte de papeles y bolsas de papel, idea fija de acopiar elemento para una fogata en forma, que hiciera pasto de las llamas de Broackway, propósito de escamotear a un severo examen la marca que dejó la cortaplumita. Pirosanto, que es un gangoso sin abuela, de esos que en el bolsillo portan menos pelusa que fósforos, se dispersó en el primer viraje, para evitar el préstamo de Rancherita, no sin comprometer la fuga, eso sí, con un cigarrillo Volcán, que me sonsacó de

la boca. Yo, sin ánimo de ostentación y para darme un poco de corte, estaba ya frunciendo la jeta para debatir la primera pitada cuando el Pirosanto, de un saque, capturó el cigarrillo, y Morpugo, como quien me dora la píldora, acogió el fósforo que ya me doraba los sabañones y metió fuego al papelamen. Sin tan siquiera sacarse el rancho, el funyi o la galera, Morpugo se largó a la calle, pero, panza y todo, lo madrugué y me tiré un rato antes, y así pude brindarle un colchón, que amortiguó el impacto y cuasi me desfonda la busarda con los noventa kilos que me acusa. Sandié, cuando me descalcé de esta boca los tamanguses hasta la rodilla de manolo M. Morpugo, l'ónibus ardía en el horizontes, mismo como el spiedo de Perosio, y el guarda-conductor-propietario lloraba dele que dele ese capital que se le volvía humo negro. La barra, siendo más, se reía pronta, lo juro por el Monstruo, a darse a la fuga, si se irritaba el ciervo. Tornillo, que es el bufo tamñano mole, se le ocurrió un chiste que al escucharlo vos con la boca abierta, vendrás de gelatina con la risa . Atenti, Nelly. Desemporcate las orejas, que ahí va. Uno, dos, tres y PUM. Dijo - pero no te vuelvas a distraer con el spiantacaca que le guiñás el ojo - que el ónibus ardía como el spiedo de Perosio. Ja, ja, ja. Yo estaba lo más campante, pero la procesión iba por dentro. Vos, que cada parola que se me cae de los molares, la grabás en los sesos con el formón, tal vez hagás memoria del camionero, que fue medio camello con el del ónibus. Si me entendés, la fija que ese cachascán se mandaría cada alianza con el lacrimógeno para punir nuestra fea conducta, estaba en la cabeza de los más lince. Pero no temás por tu conejito querido: el camionero se mandó un enfoque sereno y adivinó que el otro, sin ónibus, ya no era un oligarca que vale la pena romperse todo. Se sonrió como el gran bonachón que es; repartió, para mantener la disciplina, algún rodillazo amistoso (aquí tenés el diente que me saltó y se lo compré después para recuerdo) y ¡cierren filas y paso redoblado: mar!

¡Lo que es la adhesión! La gallarda columna se infiltraba en las lagunas anegadizas, cuando no en las montañas de basura, que acusan el acceso a la Capital, sin más defección que una tercera parte, grosso modo, del aglutinado inicial que zarpó de Tolosa. Algún invetorado se habpia propasado a medio encender su cigarrilló Salutaris, claro ésta, Nelly, que con el visto bueno del

camionero. Qué cuadro para ponerlo en colores: portaba el estandarte, Spátola, con la camiseta de toda confianza sobre la demás ropa de lana; lo seguían de a cuatro en forndo, Tornillo, etcétera. Serían recién las diecinueve de la tarde cuando al fin llegamos a la avenida Mitre. Morpugo se rió todo de pensar que ya estábamos en Avellaneda. También se reían los bacanes, que a riesgo de caer de los balcones, vehículos y demás bañeras, se reían de vernos a pie, sin el menor rodado.

Felizmente Babugli en todo piensa y en la otra banda del Riachuelo se estaban herrumbando unos camiones de nacionalidad canadiense, que el Instituto, siempre attenti adquirió en calidad de rompecabezas en la Sección Demoliciones del ejército americano. Trepamos como el mono a uno caki y entonando el Adiós, que me voy llorando esperamos que un loco del Ente Autónomo, fiscalizado por Tornillo Sin Fin, activara la instalación del motor. Suerte que Rabasco, a pesar de esa cara de fundillo, tenía cuña con un guardia del Monopolio y, previo pago de boletos, completamos un bondi eléctrico, que metía más ruido que un solo gaita. El bondi -talán, talán- agarró pa' el Centro; iba superbo como una madre joven que, sotto la mirada del babo, porta en la panza las modernas generaciones que mañana reclamarán su lugar en las grandes meriendas de la vida ... En su seno, con un tobillo en el estribo y otro sin domicilio legal, iba tu payaso querido, iba yo. Dijera un observador que el bondi cantaba; hendía el aire, impulsado por el canto; los cantores éramos nosotros. Poco antes de la calle Belgrano la velocidad paró en seco desde unos veinticuatro minutos; yo traspiraba para comprender y anche por la gran turba como hormiga de más y más automotores, que no dejaba que nuestro medio de locomoción diera materialmente un paso.

El camionero rechinó con la consigna "¡Abajo, chichipíos!" y ya nos bajamos en el cruce de Tacuarí y Belgrano. A las dos o tres cuadras de caminarla, se planteó sobre tablas la interrogante: el garguero estaba reseco y pedía líquido. El Emporio y Despacho de Bebidas Puga y Gallach ofrecía un principio de solución. Pero, te quiero ver, escopeta: ¿cómo abonábamos? En ese vericuetto, el camionero se nos vino a amanifestar como todo un expeditivo. A la vista y paciencia de un perro dogo, que terminó de verlo al revés, me tiró cada zancadilla delante de la merza hilarante, que me encasqueté una rejilla como un sombrero hasta el

nasute, y del chaleco se rodó la chirola que yo había rejuntado para no hacer tan triste papel cuando cundiera el carrito de la ricotta. La chirola engroso la bolsa común dy el camionero, satisfecho mi aunto, pasó a entender a Souza, que es la mano derecha de Gouvea, el de los Pegotes Pereyra - sabés - que vez pasada se impusieron también como la Tapioca Científica. Souza, que vive para el Pegote, es cobrador del mismo, y así, no es gracia que dado vuelta pusiera en circulación tantos biglietes de hasta cero cincuenta que no habrá visto tantos juntos ni el Loco Calcomanía, que marchó preso cuando aplicaba la pintura mondongo a su primer bigliete. Los de Souza, por lo demás, no eran falsos y abonaron contantes y sonantes el importe neto de las Chissottis, que salimos como el que puso seca la mamajuana. Bo, cuando cacha la guitarra, se cree Gardel . Es más, se cree Gotuso . Es más, se cree Garófalo . Es más, se cree Giganti-Tomassoni . Guitarra, propio no había en ese local, pero a Bo le dio el Adiós, Pampa Mía y todos los coreamos y la columna era un solo

grito. Cada uno, malgrado su corta edad, cantaba lo que le pedía el cuerpo, hasta que vino a distraernos un sinagoga que mandaba respeto con la barba. A ése le perdonamos la vida, pero no se escurrió tan fácil otro de formato menos, más manuable, más práctico, de manejo más ágil. Era un miserable de cuatro ojos, sin la musculatura del deportivo. El pelo era colorado; los libros, bajo el brazo y de estudio. Se registró como un distriado, que cuasi llevaba por delante a nuestro abanderado, el Spátola. Bonfirraro, que esel chinche de los detalles, dijo que él no iba a tolerar que un impune desacatara el estandarte y foto del Monstruo. Ahí no más lo chumbó al Nene Tonelada, de apelativo Cagnazzo, para que procediera. Tonelada, que siempre es el mismo me soltó cada oreja, que la tenía enrollada como el cartucho de los manisesy, cosa de caerle simpática a Bonfirraro, le dijo al rusovita que mostrara un cachito más de respeto a la opinión ajena, señor, y saludara a la figura del Monstruo. El otro contestó con el despropósito que él tenía su opinión. El Nene, que las explicaciones lo cansan, lo arrempujó con, una mano que si el carnicero la ve, se acabó la escasez de carnasa y el bife de chorizo. Lo empujó a un terreno baldío, de esos que en el día menos pensado levantan una playa de estacionamiento, y el punto vino a quedar contra los nueve pisos de una

pared senza finestra ni ventana. De mientras, los traseros nos presionaban con la comezón de observa y los de la fila cero quedamos como sángüiche de salame entre esos locos que pugnaban por una visión panorámica y el pobre quimicointas acorralado que, vaya usted a saber, se irritaba. Tonelada, atento al peligro, reculó para atrás y todos nos abrimos como abanico dejando al descubierto una cancha de tamaño de un semicírculo, pero sin orificio de salida, porque de muro a muro estaba la merza. Todos bramábamos como el pabellón de osos y nos rechinaban los dientes, pero el camionero, que no se le escapa un pelo en la sopa, palpité que más o menos de uno se estaba por mandar in mente su plan de evasión. Chiflido va, chiflido viene, nos puso sobre la pista de un montón aparente de cascote, que se brindaba al observador. Te recordarás que esa tarde el mómetro marcaba una temperatura de sopa y no me vas a discutir que un porcentaje nos sacamos el saco.

Lo pusimos en de guaedarropa al pibe Saulino, que así no pudo participar en el apedreo. El primer cascotazo lo acertó de puro tarro, Tabacman, y le desparramó las encías, y la sangre era un chorro negro. Yo me calenté con la sangre y le arrimé otro viaje con un cascote que le aplasté la oreja y ya perdí la cuenta de los impactos, porque el bombardeo era masivo. Fue desopilante; el jude se puso de rodillas y miró al cielo y rezó como ausente en su media lengua. Cuando sonaron las campanas de Montserrat se cayó, porque estaba muerto. Nosotros nos desfogamos un rato más, con pedradas que ya no le dolían. Te lo juro, Nelly, pusimos el cadáver hecho una lástima. Luego, Morpurgo, para que los muchachos se rieran, me hizo clavar la cortaplumita en lo que hacía las veces de cara.

Después del ejercicio que acalora me puse el saco, maniobra de evitar el resfrío, que por la parte baja te representa cero treinta en Genioles. El pescuezo lo añudé en la bufanda que vos zurciste con tus dedos de hada y acondicioné las orejas sotto el chambergolino, pero la gran sorpresa del día la vino a detentar Pirosanto, con la ponenda de meterle fuego al rejunta piedras, previa realización en remate de anteojos y vestuario. El remate no fue suceso. Los anteojos andaban misturados con la viscosidad de los ojos y el ambo era engrudo con la sangre. También los libros resultaron un clavo, por saturación de restos orgánicos. La suerte fue el camionero (que resultó ser Graffiance),

pudo rescatarse su reloj del sistema Roskpt sobre diecisiete rubíes, y Bonfirraro se encargó de una cartera Fabricant, con hasta nueve pesos con veinte y una instantánea de una señorita profesora de piano, y el otario Rabasco se tuvo que contentar con un estuche de Bausch, para lentes, y la lapicera fuente Plumex, para no decir nada del anillo de la antigua casa Poplavzky.

Presto, gordeta, quedó relegado al olvido ese episodio callejero. Banderas de Boitano que tremolan, toques de clarín que vigoran, doquier la masa popular, formidavel. En la Plaza de Mayo nos arengó la gran descarga eléctrica que se firma doctor Marcelo N. Frogman. Nos puso en forma para que lo que vino después: la palabra del Monstruo. Estas orejas la escucharon, gordeta, mismo como todo el país, porque el discurso se transmite en cadena.

Pujato, 24 de noviembre de 1947.

LA SEÑORA MUERTA

-No me gusta el olor de la goma quemada- fue lo primero que me dijo esa mujer.

Moure la miró un rato antes de contestar, pero no como la había estado observando hasta ese momento, desde que la descubrió con la cola apoyada a medias contra la pared, con un gesto resignado e insolente a la vez. "Levante", se dijo. "Levante seguro", y le sonrió:

-No es goma lo que están quemando.

-Ah, ¿no? -esa mujer lo miraba con desconfianza - ¿Qué es entonces?

-Inmundicias- murmuró Moure con malestar.

-¿Y de quién?

-De todos ... de todos los de la cola. Hace dos días que vienen haciendo lo mismo.

Desde atrás, los que estaban en medio de la penumbra que flotaba sobre la calle, los empujaron para que avanzaran: ella se dio vuelta, apenas molesta de que la tocaran o de que le arrugaran el vestido, murmuró Ya va, ya me di cuenta, qué tanto, y avanzó unos pasos ceremoniosamente. Se había apoyado contra las chapa de un hotel y se miraba en el reflejo: era un enorme cuadro de bronce y Moure advirtió que se palpaba los labios.

-¿Le duelen? - se le acercó.

-No. Estoy despintada.

Y esa mujer seguía mirándose aunque esa chapa la

reflejase deformada, con una boca más ancha y unos ojos estirados.

-Usted no tiene esa boca- señaló Moure.

Ella abrió y cerró la boca varias veces, como si estuviera en un parque de diversiones, con la desconfianza de un chico o un provinciano.

-No, no ... - protestó Moure.

-Pero me gusta tener la boca así.

Unos metros más adelante se fue levantando un murmullo que aumentó en densidad y se prolongó un rato, como un moscardoneo. "No me puede fallar", se propuso Moure. Una mujer con la cabeza cubierta con una pañoleta se le arrodilló delante, agachaba la frente y parecía rezongar con una confusa irritación mientras se frotaba las manos; cuando la fila avanzó de nuevo, la mujer se fue arrastrando sobre las rodillas sin dejar de gangosear eso que decía, sin dejar de frotarse las manos.

-Rezan, ¿no?

-Sí- dijo Moure.

-Ah ... - ella se persignó y lo hizo con torpeza, velozmente; parecía alarmada y miró ese cielo bajo como si hubiera escuchado el ruido de un avión y tratara de localizarlo. Pero el cielo estaba negro y no se veía nada. Después, se tranquilizó, lo miró a Moure, se sonrió a medias de algo y apoyó la cabeza contra la chapa del hotel.

-¿Está cansada? - la sostuvo Moure mientras se repetía "No me falla; no puede fallar". Al fin de cuentas, él había ido a la cola para eso. Pero ella balanceaba la cabeza: eso no quería decir ni que sí ni que no, solamente que no estaba segura.

-¿Quiere irse?

-Cuando me sienta bien cansada.

Moure le oprimió el brazo:

-Pero mire que tenemos para rato.

Ella frunció las cejas:

-¿Lo dice en serio?

-Yo siempre hablo en serio.

-¿Y cuánto dice que falta?

Moure miró hacia delante y calculó dos cuadradas, tres, una mancha larga que se estremecía en medio de la penumbra, los de atrás que volvieron a empujar con una pesadez insistente, la mujer de la pañoleta que seguía murmurando algo que no se entendía muy bien, ahí arrodillada, un soldado con una olla humeante que brilló

bajo el farol:

-Unas tres horas- dijo.

-¿Tanto?

Moure presintió que a ella no le interesaba mucho lo que había preguntado, ni le interesaban las palabras que había usado, ni ninguna palabra:

-Y, hay mucha gente- reflexionó.

-A la gente le gusta.

-¿Estar en la cola?

-Si- dijo ella con desgano -. Le gusta esperar algo, cualquier cosa ...

La mujer arrodillada por momentos parecía irritarse con lo que rezaba, cabeceaba y fruncía la frente. "Esta noche no puede fallarme", seguía pensando Moure. Y toda esa fila avanzaba muy lentamente, mucho más despacio que una procesión. Moure calculó: allá adelante estarían por cruzar un puente, se le habrían roto las ruedas a un carro o el caballo se habría muerto en medio de la calle. Algo así pasaría. "Seguro". Y había tan poca luz con esos trapos negros que envolvían los faroles y todo era tan borroso.

-¿Me permite?- ella se le apoyó bruscamente en un brazo, se descalzó, primero un pie, después el otro, y se los sobó con unos quejidos de satisfacción. Pero cuando estaba en eso, volvieron a empujarla para que avanzase y ella repitió Ya está, ya va, no ven lo están haciendo. Me van a pisar, tengo los pies desnudos ... La mujer de la pañoleta levantó un momento la cabeza, verificó quién había dicho eso y siguió con su rezo.

-¿Un poco de sopa?

-No- ella todavía estaba con los pies desnudos y pugnaba por mantener el equilibrio y calzarse-. Me aburre la sopa.

-¿Ni un poco?

-No.

Moure señaló:

-Pero mire que le están ofreciendo ...

Un soldado le había tendido una taza pero tuvo que recogerla; tenía una cara adormecida y se esforzaba por sonreírse: la contempló a esa mujer, intentó sonreírse con más convicción y lo único que logró fue un parpadeo, entonces la miró humildemente pero ella se había hundido las manos en los bolsillos y sacudía los hombros:

-Me aburre la sopa- repetía -. De chica, me la hacían tragar: de arvejas, de sémola, de verduras ... Era un asco.

Taller de Lectura y Escritura

Moure sacó un cigarrillo y lo golpeó muchas veces antes de encenderlo. "Papa comida", se felicitó. Estaban muy cerca de uno de esos montones de basura que habían quemado y que soltaban un calor denso, incómodo y un poco tembloroso; algunas personas salían de la fila, se acercaban, la cara y el pecho se les enrojecían y se quedaban un rato frotándose la manos como si estuvieran redondeando algo entre las palmas, un poco de harina o de barro. Después volvían a la fila y les susurraban a los que tenían al lado Vayan, vayan, no les dicen nada. Moure la codeó a esa mujer y señaló: otro se despegaba de la fila con una carrerita parecida, casi avergonzado, casi alegre.

-¿Fuma?- preguntó Moure.

Ella lo miró a los costados, atentamente, después un poco a la mujer que seguía arrodillada y rezongando:

-¿Aquí? ...- y no sacó la mano de los bolsillos.

Moure encendió el cigarrillo y largó unas bocanadas para que ella oliera: eso era bueno, caliente y llenaba la boca y el pecho. "Esto marcha solo", se alegró. Ella le miraba la mano, sin indiferencia y de vez en cuando le espía los labios, y la nariz se le hinchaba como si le costara respirar o como si todavía le molestara ese olor que había creído era de goma quemada.

-¿A usted le gustaba?- dijo de pronto.

Moure se sobresaltó pero largó una lenta bocanada.

-¿Quién?

-La Señora ... ¿Quién iba a ser si no?

Moure tomó el cigarrillo entre las dos manos, lo acható y arrancó una hebra con la misma cautela con que se hubiera cortado una cutícula; después levantó la vista y la miró a esa mujer: era joven, tendría unos veinticinco, no mucho más. "si me la pierdo soy un ...". Pero no se la iba a perder. Los de atrás empujaban, éstos no respetaban nada, no se dio por enterado y siguió mirándola: el cuello, ese pecho tan abierto, el vientre, y la deseó bastante. Por fin dijo:

-Era joven ...

-¿Usted cree que la podremos ver?

-Y, no sé. Habrá que esperar.

-Dicen que está muy linda.

-¿Si?

-La embalsamaron. Por eso.

Había quedado un espacio entre ellos dos y la mujer arrodillada.

- Hay que correrse- dijo ella como si se tratara de algo

inevitable.

-Sí - advirtió Moure-. Sí.

Y se quedaron mirando vagamente hacia delante: la mujer de la pañoletase puso de pie y estuvo un buen rato observándose y tocándose las rodillas; un chico empezó a llorar y una mujer deslizó una mancha blanca sobre su mano y ahí, la sostuvo y de nuevo pasaron los soldados, esta vez, ofreciendo café, sin saltarse a nadie, desapasionadamente. Ella murmuró algo y Moure le escrutó la cara para ver qué quería. No. Me estaba acordando de algo. Nada más, dijo ella sin sacara las manos de los bolsillos; Moure advirtió que era de piel el sacón que tenía porque lo rozaba contra el dorso de la mano y pensó que le hubiera gustado acariciarlo con los dedos, con el pulgar sobre todo, pero no se animó.

-¿Vio?- era ella que señalaba con el mentón desganadamente.

Moure volvió la cabeza y vio un hombre que orinaba el borde de la vereda y se sintió irritado, justamente irritado, porque ése podría haber ido a otro lugar o se hubiese aguantado o, en último caso, no se hubiera puesto en la fila, entre tantas mujeres, porque esas cosas siempre pasan y uno debe saber lo que se puede aguantar.

-Está mal, ¿no?- murmuró.

Pero ella se había apoyado contra una vidriera y bostezaba, olvidada de sus pies y de ese hombre que orinaba, y lo hizo varias veces, porque no fue un solo bostezo prolongado sino una serie de tres o cuatro que la obligaron a fruncir la nariz y a secarse unas lágrimas con la punta del pañuelo.

-¿Tiene sueño?

Ella negó sin dejar de bostezar:

-Hambre tengo.

-¿Quiere ..?

-Sí.

Y fue ella misma quien lo tomó del brazo y la que dijo que subieran a un auto y fueran primero a cualquier lugar. Algo cerca, fue lo único que exigió y no perentoriamente, sino como si recordara algún requisito o alguna ventaja. Se arrinconó a su lado en el auto y contemplaba sin ningún asombro las piernas de los que iban en las plataformas de los tranvías iluminados, a uno que llevaba sandalias, a los que la miraban largamente sin atreverse a sonreír pero con muchas ganas de hacerlo

cada vez que el auto se detenía en cualquier bocacalle. Cuando un marinero se inclinó un poco para verla mejor, ella golpeó con la mano el vidrio. A ése, lo espanté, suspiró. Y usaba un perfume de malva, un perfume de vieja o de casa con pisos de madera. ¿Y cuánto querés? Y lo que vos quieras y el auto siguió corriendo. Moure se sintió agradecido, entusiasmado y le pasó el brazo sobre los hombros. Cerca, ¿no?, volvió a preguntar ella y Moure sacudió la cabeza. Esa cola, la gente que esperaba con tanta indiferencia, amontonados, pasivos, la calle en tinieblas, él había esperado demasiado. Era lento y lo sabía, pero tampoco se podía atropellar. Pero ya estaba. Y solo, esas cosas se hacen solas. Cuanto más se piensa, sale peor. Cuando el coche se detuvo por primera vez y Moure advirtió que el chofer esperaba una nueva orden mirando el espejito, apenas dijo A otra. Pero cerca. Cuando ocurrió la segunda vez, eso de toparse con una puerta cerrada cuando alguien piensa exclusivamente, cálidamente en entrar de una vez a solas como dos chicos que se esconden dentro de un ropero para que el mundo de los adultos tan ordenado y con tanta gente que mira se desvanezca, Moure se empezó a irritar. No hay lugar - informaba el chofer -. ¿Los llevo a otro?. Sí, sí. Pronto. Y anduvieron dando vueltas por unas suaves calles arboladas y ella empezó a reírse porque sentía las manos de Moure que le oprimían las piernas, pero no como para acariciarla, como si ella fuera ella, es decir, una mujer, sino como si su piel fuera un pañuelo o una baranda o la propia ropa de Moure, algo de lo que se aferraba para secarse o para no caerse. Por favor ... por favor, repetía Moure y le estrujaba la carne. También estaba la mirada del chofer, que delante de esos portones cerrados soltaba el volante como para dar explicaciones porque él no tenía nada que ver con todo eso. ¿Los llevo al otro?. Sí. Pronto ... Pero, pronto por favor. Y toparon con otro portón, una gran tabla pintada de gris cerrada con un candado, y la risa de esa mujer aumentó mientras Moure pensaba que lo que a ella le correspondía era quedarse en silencio, tomarlo de la mano y tranquilizarlo o pasarle los dedos por las sienes para que se le desarrugara la frente, pero las mujeres se ponen nerviosas y no sirven para nada y por eso, son mujeres. El coche había parado por cuarta vez o sexta y el chofer repetía ese mismo ademán de prescindencia.

-¿Todo está cerrado?- gritó Moure.

Los ojos del chofer apenas temblaron en ese espejito y ella se rió con una risa que le dobló la espalda.

-¡No te rías más mujer!- la sacudió Moure.

Y ella sólo negó con la cabeza, sin hablar pero con más ganas de reírse, apretando los labios y no cubriéndose la boca con la mano.

-¿No se puede ir a otra parte?- Moure se había tomado del respaldo del chofer.

-Y, no sé ...

-¿Nada, hay?

-Más lejos ...

-¿Dónde?

-En la provincia ...

-¿Seguro?

-No; seguro no.

-Estaba de Dios que tenía que pasar esto- cabeceó Moure.

-Hay que aguantarse- el chofer permanecía rígido, conciliador -. Es por la Señora.

-¿Por la muerte de ...?- necesitó Moure que le precisaran.

-Sí. Sí.

-¡Es demasiado por la yegua ésa!

Entonces bruscamente, esa mujer dejó de reírse y empezó a decir que no, con un gesto arisco, no, no, y a buscar la manija de la puerta.

- Ah, no ... Eso sí que no- murmuraba hasta que encontró la manija y abrió la puerta -. Eso sí que no se lo permito ...- y se bajó.

ESA MUJER

El Coronel elogia mi puntualidad:

- Es puntual como los alemanes- dice.

- O como los ingleses.

El Coronel tiene apellido alemán. Es un hombre corpulento, canoso, de cara ancha, tostada.

-He leído sus cosas-propone- . Lo felicito.

Mientras sirve dos grandes vasos de whisky, me va informando, casualmente, que tiene veinte años de servicios de informaciones, que ha estudiado filosofía y letras, que es un curioso del arte. No subraya nada, simplemente deja establecido el terreno en que podemos operar, una zona vagamente común. Desde el gran ventanal del décimo piso se ve la ciudad en el atardecer, las luces pálidas del río. Desde aquí es fácil amar, siquiera momentáneamente, a Buenos Aires. Pero no es

Taller de Lectura y Escritura

ninguna forma concebible de amor lo que nos ha reunido. El Coronel busca unos nombres, unos papeles que acaso yo tenga.

Yo busco una muerta, un lugar en el mapa. Aún no es una búsqueda, es apenas una fantasía: la clase de fantasía perversa que algunos sospechan que podría ocurrírseme. Algún día (pienso en momentos de ira) iré a buscarla.

Ella no significa nada para mí, y sin embargo iré tras el misterio de su muerte, detrás de sus restos que se pudren lentamente en algún remoto cementerio. Si la encuentro, frescas altas olas de cólera, miedo y frustrado amor se alzarán, poderosas vengativas olas, y por un momento ya no me sentiré solo, ya no me sentiré como una arrastrada, amarga, olvidada sombra. El Coronel sabe dónde está.

Se mueve con facilidad en el piso de muebles ampulosos, ornado de marfiles y de bronces, de platos de Meissen y Cantón. Sonríe ante el Jongkind falso, el Figari dudoso. Pienso en la cara que pondría si le dijera quién fabrica los Jongkind, pero en cambio elogio su whisky. Él bebe con vigor, con salud, con entusiasmo, con alegría, con superioridad, con desprecio. Su cara cambia y cambia, mientras sus manos gordas hacen girar el vaso lentamente.

-Esos papeles- dice.

Lo miro.

-Esa mujer, Coronel.

Sonríe.

-Todo se encadena- filosofa.

A un potiche de porcelana de Viena le falta una esquirla en la base. Una lámpara de cristal está rajada. El Coronel, con los ojos brumosos y sonriendo, habla de la bomba.

-La pusieron en el palier. Creen que yo tengo la culpa. Si supieran lo que he hecho por ellos, esos roñosos.

-¿Mucho daño?- pregunto. Me importa un carajo - Bastante. Mi hija. La he puesto en manos de un psiquiatra. Tiene doce años- dice.

El Coronel bebe, con ira, con tristeza, con miedo, con remordimiento.

Entra su mujer, con dos pocillos de café.

-Contale vos, Negra.

Ella se va sin contestar; una mujer alta, orgullosa, con un rictus de neurosis. Su desdén queda flotando como una nubecita.

- La pobre quedó muy afectada- explica el Coronel -.

Pero a usted no le importa esto.

- ¡Cómo no me va a importar!... Oí decir que al capitán N y al mayor X también les ocurrió alguna desgracia después de aquello.

El Coronel se ríe.

- La fantasía popular -dice-. Vea cómo trabaja. Pero en el fondo no inventan nada. No hacen más que repetir. Enciende un Marlboro, deja el paquete a mi alcance sobre la mesa.

-Cuénteme cualquier chiste -dice.

Pienso. No se me ocurre.

-Cuénteme cualquier chiste político, el que quiera, y yo le demostraré que estaba inventado hace veinte años, cincuenta años, un siglo. Que se usó tras la derrota de Sedán, o a propósito de Hindenburg, de Dollfuss, de Badoglio.

-¿Y esto?

-La tumba de Tutankamón -dice el Coronel-. Lord Carnavon. Basura.

El Coronel se seca la transpiración con la mano gorda y velluda.

-Pero el mayor X tuvo un accidente, mató a su mujer. - ¿Qué más?- dice, haciendo tintinear el hielo en el vaso.

-Le pegó un tiro una madrugada.

-La confundió con un ladrón- sonríe el Coronel-. Esas cosas ocurren.

-Pero el capitán N. . .

-Tuvo un choque de automóvil, que lo tiene cualquiera, y más él, que no ve un caballo ensillado cuando se pone en pedo.

- ¿Y usted, Coronel?

-Lo mío es distinto- dice -. Me la tienen jurada. Se para, da una vuelta alrededor de la mesa.

-Creen que yo tengo la culpa. Esos roñosos no saben lo que yo hice por ellos. Pero algún día se va a escribir la historia. A lo mejor la va a escribir usted.

-Me gustaría.

-Y yo voy a quedar limpio, yo voy a quedar bien. No es que me importe quedar bien con esos roñosos, pero sí ante la historia, ¿comprende?

-Ojalá dependa de mí, Coronel.

-Anduvieron rondando. Una noche, uno se animó.

Dejó la bomba en el palier y salió corriendo. Mete la mano en una vitrina, saca una figurita de porcelana

policromada, una pastora con un cesto de flores.

-Mire. A la pastora le falta un bracito.

-Derby -dice. Doscientos años.

La pastora se pierde entre sus dedos repentinamente tiernos. El Coronel tiene una mueca de fierro en la cara nocturna, dolorida.

-¿Por qué creen que usted tiene la culpa?

-Porque yo la saqué de donde estaba, eso es cierto, y la llevé donde está ahora, eso también es cierto. Pero ellos no saben lo que querían hacer, esos roñosos no saben nada, y no saben que fui yo quien lo impidió. El Coronel bebe, con ardor, con orgullo, con fiereza, con elocuencia, con método. -Porque yo he estudiado historia. Puedo ver las cosas con perspectiva histórica. Yo he leído a Hegel.

-¿Qué querían hacer?

-Fondearla en el río, tirarla de un avión, quemarla y arrojar los restos por el inodoro, diluirla en ácido.

¡Cuánta basura tiene que oír uno! Este país está cubierto de basura, uno no sabe de dónde sale tanta basura, pero estamos todos hasta el cogote.

-Todos, Coronel. Porque en el fondo estamos de acuerdo, ¿no? Ha llegado la hora de destruir. Habría que romper todo.

-Y orinarle encima.

-Pero sin remordimientos, Coronel. Enarbolando alegremente la bomba y la picana. ¡Salud!- digo levantando el vaso

No contesta. Estamos sentados junto al ventanal. Las luces del puerto brillan azul mercurio. De a ratos se oyen las bocinas de los automóviles, arrastrándose lejanas como las voces de un sueño. El Coronel es apenas la mancha gris de su cara sobre la mancha blanca de su camisa.

-Esa mujer- le oigo murmurar -. Estaba desnuda en el ataúd y parecía una virgen. La piel se le había vuelto transparente. Se veían las metástasis del cáncer, como esos dibujitos que uno hace en una ventanilla mojada. El Coronel bebe. Es duro.

- Desnuda- dice -. Éramos cuatro o cinco y no queríamos mirarnos. Estaba ese capitán de navío, y el gallego que la embalsamó, y no me acuerdo quién más. Y cuando la sacamos del ataúd- el Coronel se pasa la mano por la frente- , cuando la sacamos, ese gallego asqueroso...

Oscurece por grados, como en un teatro. La cara del

Coronel es casi invisible. Sólo el whisky brilla en su vaso, como un fuego que se apaga despacio. Por la puerta abierta del departamento llegan remotos ruidos. La puerta del ascensor se ha cerrado en la planta baja, se ha abierto más cerca. El enorme edificio cuchichea, respira, gorgotea con sus cañerías, sus incineradores, sus cocinas, sus chicos, sus televisores, sus sirvientas, Y ahora el Coronel se ha parado, empuña una metralleta que no le vi sacar de ninguna parte, y en puntas de pie camina hacia el palier, enciende la luz de golpe, mira el ascético, geométrico, irónico vacío del palier, del ascensor, de la escalera, donde no hay absolutamente nadie y regresa despacio, arrastrando la metralleta.

-Me pareció oír. Esos roñosos no me van a agarrar descuidado, como la vez pasada.

Se sienta, más cerca del ventanal ahora. La metralleta ha desaparecido y el Coronel divaga nuevamente sobre aquella gran escena de su vida.

-...se le tiró encima, ese gallego asqueroso. Estaba enamorado del cadáver, la tocaba, le manoseaba los pezones. Le di una trompada, mire- el Coronel se mira los nudillos- , que lo tiré contra la pared. Está todo podrido, no respetan ni a la muerte. ¿Le molesta la oscuridad?

-No.

-Mejor. Desde aquí puedo ver la calle. Y pensar. Pienso siempre. En la oscuridad se piensa mejor.

Vuelve a servirse un whisky.

-Pero esa mujer estaba desnuda- dice, argumenta contra un invisible contradictor- Tuve que teparle el monte de Venus, le puse una mortaja y el cinturón franciscano. Bruscamente se ríe.

-Tuve que pagar la mortaja de mi bolsillo. Mil cuatrocientos pesos. Eso le demuestra, ¿eh? Eso le demuestra. Repite varias veces "Eso le demuestra", como un juguete mecánico, sin decir qué es lo que eso me demuestra.

-Tuve que buscar ayuda para cambiarla de ataúd. Llamé a unos obreros que había por ahí. Figúrese cómo se quedaron. Para ellos era una diosa, qué sé yo las cosas que les meten en la cabeza, pobre gente.

-¿Pobre gente?

-Sí, pobre gente-. El Coronel lucha contra una escurridiza cólera interior-. Yo también soy argentino.

- Yo también, Coronel, yo también. Somos todos argentinos.

Taller de Lectura y Escritura

-Ah, bueno- dice.

-¿La vieron así?

-Sí, ya le dije que esa mujer estaba desnuda. Una diosa, y desnuda, y muerta. Con toda la muerte al aire, ¿sabe? Con todo, con todo...

La voz del Coronel se pierde en una perspectiva surrealista, esa frasecita cada vez más remota encuadrada en sus líneas de fuga, y el descenso de la voz manteniendo una divina proporción o qué. Yo también me sirvo un whisky.

- Para mí no es nada- dice el Coronel -. Yo estoy acostumbrado a ver mujeres desnudas. Muchas en mi vida. Y hombres muertos. Muchos en Polonia, el 39. Yo era agregado militar, dése cuenta. Quiero darme cuenta, sumo mujeres desnudas más hombres muertos, pero el resultado no me da, no me da, no me da... Con un solo movimiento muscular me pongo sobrio, como un perro que se sacude el agua.

-A mí no me podía sorprender. Pero ellos...

-¿Se impresionaron?

- Uno se desmayó. Lo desperté a bofetadas. Le dije: "Maricón, ¿esto es lo que hacés cuando tenés que enterrar a tu reina? Acordate de San Pedro, que se durmió cuando lo mataban a Cristo". Después me agradeció.

Miro la calle. "Coca" dice el letrero, plata sobre rojo. "Cola" dice el letrero, plata sobre rojo. La pupila inmensa crece, círculo rojo tras concéntrico círculo rojo, invadiendo la noche, la ciudad, el mundo. "Beba".

- Beba- dice el Coronel.

Bebo.

-¿Me escucha?

-Lo escucho.

-Le cortamos un dedo. -¿Era necesario?

El Coronel es de plata, ahora. Se mira la punta del índice, la demarca con la uña del pulgar y la alza.

-Tantito así. Para identificarla.

-¿No sabían quién era?

Se ríe. La mano se vuelve roja. "Beba".

-Sabíamos, sí. Las cosas tienen que ser legales. Era un acto histórico, ¿comprende?

-Comprendo.

-La impresión digital no agarra si el dedo está muerto.

Hay que hidratarlo. Más tarde se lo pegamos.

-¿Y?

-Era ella. Esa mujer era ella.

-¿Muy cambiada?

-No, no, usted no me entiende. Igualita. Parecía que iba a hablar, que iba a... Lo del dedo es para que todo fuera legal. El profesor R. controló todo, hasta le sacó radiografías.

-¿El profesor R.?

-Sí. Eso no lo podía hacer cualquiera. Hacía falta alguien con autoridad científica, moral. En algún lugar de la casa suena, remota, entrecortada, una campanilla. No veo entrar a la mujer del Coronel, pero de pronto está ahí, su voz amarga, inconquistable.

-¿Enciendo?

- No.

-Teléfono.

-Deciles que no estoy.

Desaparece.

-Es para putearme - explica el Coronel-. Me llaman a cualquier hora. A las tres de la madrugada, a las cinco.

-Ganas de joder- digo alegremente.

- Cambié tres veces el número del teléfono. Pero siempre lo averiguan.

-¿Qué le dicen?

-Que a mi hija le agarre la polio. Que me van a cortar los huevos. Basura.

Oigo el hielo en el vaso, como un cencerro lejano.

-Hice una ceremonia, los arengué. Yo respeto las ideas, les dije. Esa mujer hizo mucho por ustedes. Yo la voy a enterrar como cristiana. Pero tienen que ayudarme.

El Coronel está de pie y bebe con coraje, con exasperación, con grandes y altas ideas que refluyen sobre él como grandes y altas olas contra un peñasco y lo dejan intocado y seco, recortado y negro, rojo y plata.

-La sacamos en un furgón, la tuve en Viamonte, después en 25 de Mayo, siempre cuidándola, protegiéndola, escondiéndola. Me la querían quitar, hacer algo con ella. La tapé con una lona, estaba en mi despacho, sobre un armario, muy alto. Cuando me preguntaban qué era, les decía que era el transmisor de Córdoba, la Voz de la Libertad.

Ya no sé dónde está el Coronel. El reflejo plateado lo busca, la pupila roja. Tal vez ha salido. Tal vez ambula entre los muebles. El edificio huele vagamente a sopa en la cocina, colonia en el baño, pañales en la cuna, remedios, cigarrillos, vida, muerte.

-Llueve- dice su voz extraña.

Taller de Lectura y Escritura

Miro el cielo: el perro Sirio, el cazador Orión.

-Llueve día por medio- dice el Coronel-. Día por medio llueve en un jardín donde todo se pudre, las rosas, el pino, el cinturón franciscano. Dónde, pienso, dónde.

-¡Está parada!- grita el Coronel- . ¡La enterré parada, como Facundo, porque era un macho!

Entonces lo veo, en la otra punta de la mesa. Y por un momento, cuando el resplandor cárdeno lo baña, creo que llora, que gruesas lágrimas le resbalan por la cara.

- No me haga caso- dice, se sienta- . Estoy borracho.

Y largamente llueve en su memoria.

Me paro, le toco el hombro.

- ¿Eh?- dice- ¿Eh? -dice.

Y me mira con desconfianza, como un ebrio que se despierta en un tren desconocido.

-¿La sacaron del país?

-Sí.

- ¿La sacó usted?

-Sí.

-¿Cuántas personas saben?

- Dos.

-¿El Viejo sabe?

Se ríe.

-Cree que sabe.

-¿Dónde?

No contesta.

-Hay que escribirlo, publicarlo.

-Sí. Algún día.

Parece cansado, remoto.

-¡Ahora!- me exaspero- . ¿No le preocupa la historia? ¡Yo escribo la historia, y usted queda bien, bien para siempre, Coronel!

La lengua se le pega al paladar, a los dientes.

-Cuando llegue el momento... usted será el primero...

- No, ya mismo. Piense. Paris Match. Life. Cinco mil dólares. Diez mil. Lo que quiera.

Se ríe.

-¿Dónde, Coronel, dónde?

Se para despacio, no me conoce. Tal vez va a preguntarme quién soy, qué hago ahí.

Y mientras salgo derrotado, pensando que tendré que volver, o que no volveré nunca. Mientras mi dedo índice inicia ya ese infatigable itinerario por los mapas, uniendo isoyetas, probabilidades, complicidades.

Mientras sé que ya no me interesa, y que justamente o moveré un dedo, ni siquiera en un mapa, la voz del

Coronel me alcanza como una revelación. -Es mía -dice simplemente -. Esa mujer es mía.